

"A" de ángel

Geraldine Ráez

"A" de ángel



Capítulo 1

'A' de ángel

La manecilla pequeña del reloj que llevaba en la muñeca izquierda seguía apuntando al número dos.

"Pareciera que las horas no pasan", pensó frustrado Gabriel al revisar una vez más la hora. Recordaba perfectamente lo que su papá le dijo en el carro, antes de dejarlo en la puerta de la universidad a la que postulaba: Toma mi reloj, si controlas tu tiempo durante el examen; estarás más calmado.

"Me reiría si no estuviera temblando de nervios", sonrió incómodo ante la idea y volvió a refugiarse de la mirada de las personas que al igual que él esperaban a entrar al aula en que rendirían su examen, en sus zapatillas.

"Después de tanto estudiar algo tiene que salir bien" pensó al ver a uno de los cuidadores acercarse a su grupo y llamar uno por uno a los alumnos de su salón,

—No me falles ahora, por favor.

Sí, así es cómo inició todo.

Han pasado más de cinco años desde la última vez y aun así se digna a pedirme algo.

Estudia un par de semanas antes de un examen así de importante y cree que con solo pedirlo todo va a estar resuelto y saldrán fuegos artificiales en su honor. Clásico de humanos, siempre tan egocéntricos e individualistas.

Algún día entenderán que no todo es sobre ellos y que existe más a su alrededor, como yo que me parto el lomo desde ese día para que su vida sea un poco más fácil y vaya por el buen camino. Debo recalcar que la gente como yo estamos acostumbrados a casi nunca recibir el reconocimiento que merecemos, excepto cuando los humanos están en plena infancia. Esa etapa tan maravillosa en la que se veían tan inocentes e indefensos.

Ay, de solo recordarlo se me empapan los ojos.

Disculpen mis pocos modales, no nos hemos presentado, yo soy Federico, el ángel de la guarda de Gabriel, el chico ridículo del inicio. Bueno, así era antes de que yo regresara a su vida como por obra del destino. Ahora es un ser humano decente con una vida realizada y muchos de sus sueños

cumplidos. Debo decir que me encuentro muy, pero muy orgulloso de mí.

¿No esperabas que dijera eso? Tampoco es como si esperara más de un humano como tú.

No le digas al arcángel Miguel que te dije eso, solo sigo en este trabajo porque aprendí a ser más dócil y "amigable con los humanos".

En fin, te contaré algunas de las veces en las que más me gustó ser un ángel de la guarda.

Cuando Gaby, el apodo con el que lo llamaba su abuelita Rosa, tenía apenas siete años, sus papás le habían regalado una caja de témperas por Navidad. Un día en el que se había quedado solo con su abuelita, decidió ir a buscar las témperas para hacerle algo especial a su mamá por su cumpleaños, pero estaban guardadas en una caja en lo alto de un estante de libros. Así que sobre su silla de juegos apiló libro tras libro, hasta alcanzar la altura suficiente y se dispuso a subir, aunque como era de esperar, la silla no resistió todo el peso y terminó por voltearse. Gabriel iba a caer de lleno contra el piso, por suerte yo lo estaba vigilando y atenué su caída. La señora Rosa después de haber sido advertida por el ruido, lo encontró con las rodillas un poco rojas y lágrimas brotando de sus ojos, lo consoló en un abrazo cálido y lo llevó de la mano a la cocina para que tome un poco de agua.

Los ángeles de la guarda no tenemos permitido solucionar los problemas de los humanos, salvo sí ayudarlos.

Tercer grado de primaria. Examen final de Historia (el curso en el que peor le iba). Había estudiado mucho, pero la noche anterior no pudo dormir bien. Tenía que tocarle la frente cada tanto para evitar que se durmiera sobre la mesa y saliera con nota baja.

A veces también convencía al ángel de la guarda de su mamá para que lo dejara salir con sus amigos y jugar videojuegos. No fue nada fácil porque su ángel de la guarda no es muy amable y vive la mayoría del tiempo amargada. Ni siquiera se rio de mis chistes. Todo el mundo se ríe de mis chistes, incluido el arcángel Miguel.

Bueno, ese no es el tema, regresemos.

¿Alguna vez te has enamorado tan perdidamente de alguien que harías cualquier cosa por esa persona? Gabriel con solo diez años sí.

Llegó el día de San Valentín y el pobrecito no sabía que darle a Ximena, su compañera de salón. Su mamá le había preparado unas deliciosas galletas de chocolate para que se las regalara a su amiga, el problema estuvo en que las puso en su lonchera y Gaby se las comió sin pensarlo dos veces.

Cuando se dio cuenta de esto, empezó a llorar y muy apenado le contó a Ximena lo ocurrido. Ella muy comprensiva le dijo que no se preocupara, que no fue su culpa.

Después de haber tenido un ataque de ternura me propuse ayudarle y le susurré al oído qué hacer para intentar enmendar el día de San Valentín de ella. Unos minutos antes de que tocara la campana que indica la hora de salida, Gaby estaba parado frente a Ximena, quien abría un sobre algo confundida por lo que se encontrara dentro, bastante ansioso por su reacción. Era un dibujo hecho con crayones de ellos dos tomados de la mano. Hubo un largo momento de silencio en el que sentía a mi corazón a punto de explotar, hasta que la niña de sonrisa bonita se acercó a Gaby y le dio un beso en la mejilla.

Creo que tanto él como yo nos aguantamos un enorme grito de alegría.

Esa fue la última vez en mucho tiempo que Gabriel me agradeció y recordó algo de lo que hice por él en su corazón. No le guardé rencor, después de todo ser olvidados es parte de nuestro trabajo y puede que hasta sea la mayor parte de este.

Casi siete años después recuerda mi existencia y ya que no podemos comunicarnos directamente con los humanos solo queda dejar de lado el enojo y volver a preocuparnos por ellos como lo hicimos antes.

A mí me tocó animarlo durante su examen de admisión para la universidad. A los tres días siguientes salieron los resultados en la página web y por suerte o no, Gabriel pasó por unos cuantos puntos. Para mí grata sorpresa le fue muy bien en sus estudios y hasta fue uno de los mejores alumnos de su promoción, poco tiempo después se casó y ascendió a director del Departamento de Diseño, un título bastante decoroso para alguien tan joven.

Hoy es reconocido y admirado por su trabajo en varios países, por lo que viaja al extranjero de manera frecuente para dar alguna conferencia o participar en foros de información.

Hace unos días mientras estaba en plena ronda de prensa en San José recibió una llamada de su mamá en la que le contaba emocionada que su hija ya iba a nacer. Le bajó la presión y se apresuró a llegar al aeropuerto con tal de llegar a tiempo al hospital en donde su esposa estaba siendo atendida.

Abigail fue el nombre que escogieron para la bebé y Gabriel a pesar de dormir tres o menos horas diarias nunca había sido tan feliz en toda su vida.

Seguro se preguntarán si fue lo que esperaba. La respuesta es no, no esperaba encariñarme tanto con un humano ni mucho menos sentirme verdaderamente orgulloso de ser su ángel de la guarda.

Puedo decir, oficialmente, que amo mi trabajo.

Faltaba menos de media hora para que terminara el tiempo y recogieran los exámenes.

"Última pregunta", marcó la opción 'A' en la hoja de respuestas y se quedó mirando el reloj durante el tiempo que quedaba con un sonrisa que podía ser fácilmente confundida entre satisfacción y resignación.